
Medievalismo en Extremadura

Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media

Jesús Cañas Murillo
Fco. Javier Grande Quejigo
José Roso Díaz (Eds.)

Medievalismo en Extremadura
Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas
de la Edad Media



Cáceres
2009

MEDIEVALISMO en Extremadura : Estudios sobre Literatura y Cultura Hispánicas de la Edad Media / Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo, José Roso Díaz (Eds.). — Cáceres : Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, 2009

XXII, 1310 pp. ; 17 × 24 cm.

ISBN 978-84-7723-879-9

1. Literatura medieval-historia y crítica. I. Cañas Murillo, Jesús (Ed.). II. Grande Quejigo, Javier (Ed.). III. Roso Díaz, José (Ed.). IV. Título. V. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, ed.

82.09"04/15"

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



© Jesús Cañas Murillo, Fco. Javier Grande Quejigo y José Roso Díaz, de la edición, 2009

© De los autores, 2009

© Universidad de Extremadura-Grupo "Barrantes Moñino", para esta 1.^a edición, 2009

Ilustraciones de cubierta: miniaturas de cancioneros del siglo XIII (Biblioteca Vaticana y Biblioteca Nacional de Francia) recogidas en el libro de Martín de Riquer, *Vidas y retratos de trovadores. Textos y miniaturas del siglo XIII*. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1995.

Edita:

Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones

Plaza de Caldereros, 2. 10071 Cáceres (España)

Tel. (927) 257 041; Fax (927) 257 046

E-mail: publicac@unex.es

<http://www.unex.es/publicaciones>

I.S.B.N.: 978-84-7723-879-9

Depósito Legal: M-52.674-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Impresión: Dosgraphic, s. l.

DE TRADUCTORES Y TRADUCCIONES

Carlos Alvar
Universidad de Alcalá

El traductor medieval es una persona culta, pues sabe leer y escribir, y conoce, al menos, dos lenguas entre las que suele encontrarse el latín. Esos conocimientos, por rudimentarios que parezcan, lo diferencian de la mayor parte de sus contemporáneos y atestiguan su paso por la Escuela.

Obviamente, no existe en toda la Edad Media el intelectual independiente, ajeno al poder, laico o eclesiástico: los grandes señores de la Iglesia o de la corte necesitan intelectuales a su alrededor, que justifiquen sus acciones, que transmitan sus ideas, que sirvan de enlace con otros poderosos y que los entretengan con narraciones y poesías. Por su parte, los intelectuales necesitan la estructura del poder para vivir, pues gracias a los poderosos –que les dan prebendas eclesiásticas o cargos en la corte– encuentran los recursos suficientes para superar los afanes cotidianos¹.

Esos dos aspectos –formación intelectual y dependencia del poder– son fundamentales para comprender el papel del traductor en la sociedad medieval y para comprender, también, el trabajo que realiza.

Como intelectual, ha seguido los mismos estudios que el resto de los intelectuales, exactamente los mismos estudios. Esto quiere decir que ha cursado las siete artes liberales, agrupadas en el *Trivium* (Gramática, Retórica y Dialéctica) y el *Quadrivium* (Geometría, Aritmética, Astronomía y Música). Todo el Occidente culto siguió el mismo modelo hasta el Renacimiento. Y, naturalmente, no hubo intelectual que no adquiriera sus conocimientos básicos con el mismo plan de estudios².

Los límites entre traductor (*translator* en latín medieval) y autor (*poeta*) se difuminan ya desde la tardía Antigüedad, pues, al fin y al cabo, el trabajo de ambos es muy similar en la concepción medieval. Más aún, es muy similar, también, al trabajo del glosador (*glossator*) y del intérprete o comentarista del texto (*interpres*). La causa se debe, evidentemente, al deslizamiento de contenidos de Gramática y Retórica.

La clave para apreciar cómo se van borrando los límites entre los distintos agentes que participan en la elaboración del libro medieval se encuentra en algunos comenta-

¹ A. Roncaglia, «Le corti medievali», en A. Asor Rosa, *Letteratura italiana. I. Il letterato e le istituzioni*, Torino, Einaudi, 1982, pp. 33-147.

² P. Riché, *Les écoles et l'enseignement dans l'Occident chrétien de la fin du Ve siècle au milieu du XIe siècle*, Paris, 1979; E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media Latina*, trad. M. Frenk Alatorre y A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1955, 2 vols., pp. 62 y ss.

rios a la palabras de Horacio acerca del *fidus interpres*³. Así, un comentarista anónimo de la primera mitad del siglo IX (¿Heiric de Auxerre?) señala al «escrupuloso intérprete» que no debe preocuparse en traducir palabra por palabra,

quasi haec faceres tunc non poeta sed interpres, id est glossator et singularum vocum expositor esses.

[Si así lo hicieras, no serías poeta, sino intérprete, o sea, glosador y comentarista de cada palabra].

Y otro autor, también anónimo escribe de forma similar, posiblemente siguiendo el texto recién citado:

Nam dico nec curabis reddere verbum alicuis auctoris exponendo illud tuo verbo; quoniam sic non vocaberis poeta set tamen interpres, id est translator et expositor verborum.

[Así, te digo que no debes preocuparte de volver una palabra de cualquier autor exponiéndola con tu palabra, pues no serías llamado poeta, sino intérprete, o sea, trasladador y comentarista de palabras].

El traductor aspira a ser autor, más que simple intérprete, de acuerdo con las normas de los preceptistas, lo que significa, por una parte, tener suficiente crédito para ejercer su influencia sobre los demás y garantizar sólo con su nombre cualquier nueva aportación; en definitiva, autor será el que tenga capacidad de persuasión, de acuerdo con las definiciones etimológicas del término que se repiten desde S. Isidoro de Sevilla (IX, iii, 16 y X, 2). La estrecha relación existente entre *auctor* y *magister* se establece en el plano hermenéutico: «autor» es el que suministra materiales nuevos, originales, siempre dentro de la tradición; el «maestro» expone y reelabora esos materiales, adquiriendo su propia «autoridad» en la materia⁴.

El «autor» como «escritor», de acuerdo con la concepción moderna no existe; apenas va más allá de ser un simple artesano capaz de construir un edificio nuevo que le ha sido inspirado por su protector; en esa jerarquía, hay una gradación que desciende desde Dios, a través de la Naturaleza, el protector, el autor, el comentarista y, finalmente, el amanuense: es decir, están incluidos todos los agentes del libro y los inspiradores del mismo. Es así como deben entenderse las palabras de Alfonso X en el prólogo de la *General Estoria*, acerca de la autoría de sus obras:

El rey faze un libro, non porqu'él le escriba con sus manos, mas porque compone las razones d'él, e las emienda et yegua e enderesça, e muestra la manera de cómo se deven fazer, e desí escrívelas qui él manda, pero dezimos por esta razón que el rey faze el libro.

Otrossí quando dezimos el rey faze un palacio o alguna obra, non es dicho porque lo él fiziesse con sus manos, mas porque l' mandó fazer e dio las cosas que fueron mester para ello.

³ R. Copeland, *cit.*, pp. 176 y ss.

⁴ Véase al respecto A. J. Minnis, *Medieval Theory of Authorship. Scholastic literary attitudes in the later Middle Ages*, Aldershot, Wildwood House, 1988, 2nd ed., pp. 1-8.

Y en el mismo sentido deben interpretarse las abundante metáforas acerca de la redacción de un libro como obra arquitectónica o como navegación⁵.

De acuerdo con estas premisas, el traductor debe aspirar a crear una obra nueva a partir de los materiales que le vienen dados; sólo si construye una obra nueva, mediante glosas y amplificaciones, podrá ser considerado realmente un autor⁶.

Así, la traducción no se considera un trabajo específico, diferente a la glosa o a los comentarios con los que se acompañan los textos, y tampoco se aprecia una gran diferencia entre traducir y reelaborar o parafrasear, debido en gran medida al influjo de las enseñanzas escolares. La traducción es más una tarea de tipo tradicional que un arte individual. Se explican así las abundantes versiones de la historia de Troya, derivadas de Dares y Dictis o de Benoît de Sainte-Maure, en verso, en prosa, en verso y en prosa o con distintas formas estróficas...⁷

Esta situación se da hasta el siglo XIV en Francia y la Corona de Aragón; y hasta mediados del siglo XV en Castilla.

Italia presenta características propias por su apego a la tradición francesa en el Norte y por cierto continuismo de la tradición clásica en Emilia (Bologna, Parma, Ferrara, Perugia...) y Toscana (Florencia, Siena, Lucca...), ya desde finales del siglo XIII, que permite a numerosos autores escribir en lengua vulgar y en latín, indistintamente. Del ámbito boloñés y florentino, principalmente, aunque no sólo, surgen las primeras traducciones de la *Retórica* de Cicerón, a través de Brunetto Latini, que escribe parte de su obra en francés, y de la *Rhetorica ad Herennium* pseudociceroniana, a cargo de Bono Giamboni, traductor también de la *Historia Universal* de Paulo Orosio y del *De re militari* de Vegetio. Boccaccio sigue la tradición prehumanística y traduce la cuarta *Década* de Tito Livio y quizás también la tercera y los *Factorum et dictorum memorabilium libri* de Valerio Máximo. Mientras, Domenico Cavalca (h. 1270-1342) se aplica a verter al toscano numerosas obras de carácter religioso, a la vez que surgen versiones de distintas obras vinculadas a la espiritualidad franciscana, que son traducidas del latín al italiano...

Es indudable la deuda que tiene el traductor con la Escuela. Hasta que no cambien los modelos escolares la deuda se mantendrá e irá en aumento, pues la transmisión de los saberes lleva consigo, también, la consolidación de ciertos hábitos que se repiten con insistencia⁸.

No hay intelectuales independientes del poder. La relación que se establece entre las altas jerarquías y los traductores tendrá unas consecuencias inmediatas sobre las

⁵ E. R. Curtius, *Literatura europea, cit.*, pp. 189 y ss.

⁶ Véanse L. Holtz, «Glosse e commenti», en G. Cavallo, C. Leonardi y E. Menestò, *Lo spazio letterario del Medioevo*, vol. III-1, *cit.*, pp. 59-112; y J. Hamesse, «Parafrasi, florilegi e compendi», *ibidem*, pp. 197-220.

⁷ Cl. Buridant, «*Translatio medievalis*», *cit.*, pp. 95 y ss.; J. Monfrin, «Humanisme et traductions au Moyen Âge», en *Journal des Savants*, 1963, pp. 161-190, especialmente p. 165.

⁸ Se encontrarán abundantes materiales, generalmente referidos a las traducciones al catalán –pero no sólo– en T. Martínez Romero, *Tòpics literaris, traducció medieval i tradició romànica*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2007.

traducciones en diversos aspectos, unos más sutiles que otros, y afectará a la selección y a la finalidad de los textos que se traducen⁹.

Los promotores de las traducciones deciden en gran manera qué textos desean que se les traduzcan de acuerdo con sus intereses personales o políticos. Naturalmente, el gran señor –laico o eclesiástico– no suele tomar las decisiones después de un análisis detallado y minucioso de los materiales a su alcance; cuenta con consejeros, asesores, que le indican qué obras son las que se ajustan a sus intereses, y es así como se van difundiendo una serie de textos por todo Occidente, en muchas ocasiones ajenos por completo a la tradición literaria del reino.

Dos cuestiones surgen de inmediato. La primera es la de definir los intereses de los grandes señores; la otra, saber de dónde procede la información de los consejeros y cómo consiguen los libros.

No resulta fácil la respuesta a ninguna de las dos cuestiones. Los intereses de los grandes señores se vinculan en gran medida a la ideología individual y a la mentalidad de la época. En este sentido, podemos trazar un tenue hilo conductor que va desde la época de Fernando III en la primera mitad del siglo XIII, hasta los Reyes Católicos, pasando por los reinados de Alfonso X, Alfonso XI o Juan II.

En efecto, se puede hablar del mudejarismo de la corte castellana tras la conquista de Córdoba (1236) y Sevilla (1248), que implica una notable inclinación hacia el mundo árabe; los consejeros –judíos probablemente– impulsan las traducciones de numerosos textos de origen oriental, que serán utilizados para la educación de los príncipes y la formación de los futuros gobernantes.

Alfonso X, imbuido aún del mudejarismo, no se distancia de los modelos seguidos por su padre y posiblemente mantiene a algunos de aquellos consejeros, sabios judíos; pero los intereses personales del monarca han cambiado: el castellano va sustituyendo al latín como lengua de la documentación oficial, pues son muchos los súbditos incorporados con las conquistas andaluzas que desconocen el latín. No será ésa la única causa, pues en Francia también se ha abandonado la antigua lengua de cultura para emplear el francés en la redacción de numerosas obras de carácter oficial, como las *Grandes Chroniques de France* impulsadas por el rey y redactadas en Saint-Denis. Habrá que pensar, pues, en la incorporación al mundo de la lectura y de la cultura, en general, de un público más amplio (siempre con la relativa amplitud que supone en la época medieval), deseoso de conocer la historia de los antepasados o de comprender todo tipo de escritos. La traducción a tres lenguas (árabe → lengua romance → latín) y cuatro manos se reduce a dos lenguas (árabe → lengua romance), aunque se mantiene la presencia de dos colaboradores (traductor y amanuense). El proceso supone un considerable ahorro económico y de tiempo, como es evidente. Parte de los intereses políticos del rey en este momento se orientan hacia la obtención de la Corona Imperial, lo que explicaría la presencia de extranjeros en la corte y la elaboración de obras de gran lujo que servirán de regalo digno de los favores (votos) que

⁹ Cf. D. Kelly, *The Arts of Poetry*, cit., p. 92. A veces, las facilidades concedidas a los traductores pueden tener consecuencias ideológicas adversas; así lo señala A. Pym, «Twelfth-Century Toledo and Strategies of the Literalist Trojan Horse», *Target*, 6, 1994, pp. 43-66.

espera obtener. Pero se trata también de demostrar una preparación intelectual lejos de cualquier duda de barbarie y lejos de toda sospecha de heterodoxia que pueda vincular al rey con su predecesor en el trono del Imperio, Federico II de Sicilia. Quizás sea ésta la razón de las versiones francesa y latina de la *Escala de Mahoma*. En cuanto a los intereses personales del rey, se orientan hacia la Historia y la Astrología. Las traducciones se centrarán en obras que sirvan a esos intereses (*Heroidas* de Ovidio, *Farsalia* de Lucano) y de cuya existencia ha tenido conocimiento el rey por distintos cauces: citas en historiadores o comentaristas precedentes (especialmente Rodrigo Jiménez de Rada y Pedro Coméstor) y hallazgos más o menos accidentales, como el del *Lapidario* de Abolays, traducido en 1243, si es que las palabras del prólogo no forman parte de los tópicos, como hemos visto¹⁰.

El reinado de Sancho IV (1284-1295) y de Alfonso XI (1312-1350), con las regencias de María de Molina (1295-1301 y 1312-1321), mujer de Sancho IV, madre de Fernando IV y abuela de Alfonso XI, suponen un distanciamiento absoluto del mudéjarismo y un regreso a la tradición occidental. El cambio de rumbo en la política cultural del reino de Castilla, promovido por el influjo eclesiástico, lleva consigo el alejamiento de Sevilla en favor de Toledo y una búsqueda de nuevos ideales de acuerdo con el espíritu cisterciense que se ha ido difundiendo por Europa gracias a la figura de Bernardo de Claraval (1090-1153), predicador de la II Cruzada y gran intérprete espiritual del feudalismo. Los intereses de la Iglesia y los de la reina y regente coinciden y encuentran su punto en común en las tradiciones caballerescas representadas por la figura del rey Arturo y su corte, modelo de los ideales que ahora interesa imponer en Castilla: protección de viudas y huérfanos (como la reina, y Fernando IV y Alfonso IX, que tuvieron una larga minoría de edad hasta que pudieron proclamarse efectivamente reyes), defensa de la Cristiandad. En definitiva, los caballeros en el concepto cisterciense, deben ser *milites Dei*, soldados de Dios. No extraña que se traduzcan a finales del siglo XIII y primeros años del siglo XIV los principales textos de la Materia de Bretaña (*Vulgata* o *post-Vulgata* artúrica, historia de Tristán). Por su parte, Alfonso XI pretende ser emulador –dentro de la ortodoxia, claro, y al margen de veleidades astrológicas– de la obra de su abuelo el rey Alfonso X y ordena traducciones de libros de caza (*Libro de la montería*) y de la Historia de Troya (*Crónica troyana*), obras que son ilustradas con riquísimas miniaturas, como corresponde a los valiosos códices que nacen o se destinan a la cámara regia¹¹.

Con Juan II (1405, 1419-1454) la situación varía; de hecho había cambiado en 1369, con la muerte de Pedro I y la llegada de la Casa de Trastámara. Los conflictos con parte de la nobleza y el nacimiento de una intelectualidad laica (representada por el Marqués de Santillana o Juan de Mena) cada vez más amplia, dan lugar a un movimiento cultural que tiene como primera referencia la Corona de Aragón y, a través de ésta, Italia. El Humanismo italiano empieza a marcar unas nuevas pautas y los grandes

¹⁰ Una excelente visión de la traducción en la época de Alfonso X (y en la precedente, del obispo Don Raimundo) se encuentra en el libro de Cl. Foz, *El traductor, la Iglesia y el rey*, y en el artículo de J. C. Santoyo, «La Edad Media», ya citados. Para cuestiones más concretas, véase más adelante el capítulo dedicado a las traducciones de textos científicos.

¹¹ Véase J. C. Santoyo, «El siglo XIV: Traducciones y reflexiones sobre la traducción», en *Historia de la Traducción: Quince apuntes*, cit., pp. 35-50.

señores se desinteresan –en general– de toda traducción de textos religiosos, mientras que buscan los grandes clásicos...

El ascenso al trono de Isabel I de Castilla (1451, 1475-1504) y su matrimonio con Fernando II de Aragón refuerza la relación con Italia. La gran nobleza, dominada por el poder real, ha encauzado parte de sus fuerzas hacia la formación intelectual en un proceso que había comenzado a percibirse bajo el reinado de Juan II. Ahora, la presencia de consejeros franciscanos o dominicos en las cortes de las grandes familias orienta una parte importante de las traducciones hacia la espiritualidad vinculada con esas órdenes. La formación intelectual de los laicos permite ya la lectura en privado, y poco a poco se van formando bibliotecas nobiliarias con las nuevas adquisiciones: el prestigio de las nuevas colecciones se basa en la existencia de una serie de textos importantes, imprescindibles, que se repiten en las más destacadas bibliotecas, mientras que la diferencia de unas a otras depende de las obras singulares, cuya traducción ha perdido el noble correspondiente. Y se inicia así una curiosa emulación, que en definitiva no es otra cosa que una manifestación más de poder¹².

Resulta evidente que el traductor no escoge el texto que va a traducir, sino que su trabajo depende en gran medida de las decisiones adoptadas por quien le va a pagar. Es un hecho tan obvio que casi resulta innecesario decirlo. Tampoco ésa es una gran diferencia con respecto a los «autores» de obras originales, pues éstos se ven obligados en muchas ocasiones a escribir por encargo o para satisfacer los deseos de amigos o señores.

Pero las relaciones personales no son la única causa, ni siquiera la más importante, para la selección de los textos. Las razones «políticas» tienen una trascendencia mucho mayor.

El primer hecho que llama la atención es que frecuentemente se encargan las traducciones sin más conocimiento del libro que unas referencias indirectas. Tomada la decisión de verterlo al castellano, resulta imposible encontrar la obra original en el reino y se tiene que poner en marcha el mecanismo para solicitar a las bibliotecas más cercanas la obra; puede tratarse de bibliotecas de monasterios o de otros reyes (Alfonso X y Albelda y Nájera; De casibus de Boccaccio, Ayala, Laurent de Premierfait, Alonso de Cartagena-Juan Alfonso de Zamora en 1422).

Pero la cuestión que podemos plantearnos es por qué se traducen esos textos y no otros. La respuesta no siempre resulta evidente, pues los testimonios al respecto son escasos y los estudios no abundan, ya que se trata de problemas que van más allá de la historia literaria para alcanzar la historia de las civilizaciones¹³.

¹² Remitiré, por comodidad, al capítulo incluido más adelante sobre «Promotores y destinatarios de traducciones en Castilla durante el siglo XV» y a la bibliografía en él citada. Para las relaciones con Italia, véase el libro de A. Gómez Moreno, *España y la Italia de los Humanistas. Primeros ecos*, Madrid, Gredos, 1994. Para la cultura en la época de Isabel la Católica, son imprescindibles los trabajos de N. Salvador Miguel, «El mecenazgo literario de Isabel la Católica», en *Isabel la Católica. La magnificencia de un reinado*, Madrid-Salamanca, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales-Junta de Castilla y León, 2004, pp. 33-57 e *idem*, «La actividad literaria en la corte de Isabel la Católica», en *Isabel la Católica. Los libros de la Reina*, Valladolid, Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004, pp. 171-196.

¹³ J. Monfrin, «Les traducteurs et leur public en France au Moyen Âge», *Journal des Savants*, 1964, pp. 5-20, especialmente, p. 5.

En general, los estudiantes no necesitaban las traducciones cuando ya habían alcanzado cierto nivel de conocimientos, como los representados por el *Trivium* y el *Quadrivium*. No es en ese ámbito donde hay que buscar el público de las traducciones, sino entre quienes no conocían el latín (o el árabe), y por lo tanto hay que mirar hacia la nobleza deseosa de conocimientos, pero con escasa formación intelectual. Será a partir del siglo XII en la mayor parte de Occidente cuando se den las circunstancias necesarias para que la demanda laica de textos traducidos resulte significativa¹⁴.

Obras de devoción y libros de Historia forman la base de la lectura en lengua romance y constituyen los primeros pasos de las literaturas en lenguas románicas: algunas vidas de santos vinculados a la ideología feudal, los hechos de grandes personajes de la Antigüedad (y en especial, Alejandro Magno, la Guerra de Troya, la historia de Eneas y Apolonio rey de Tiro), las conquistas de Carlomagno y los Doce Pares... También como narración de hechos reales se presentaban las aventuras del rey Arturo y de los caballeros de la Mesa Redonda, a quienes se añadirían más tarde Tristán e Iseo. De todas estas obras hubo versiones en latín que confirmaban la seriedad de cuanto en ellas se narra. Los relatos de tradición oral, sin antecedentes en latín, eran sospechosos de mentir, propios de juglares que sólo buscaban entretener, pero no formar a su público.

No extraña, pues, encontrar por todo Occidente traducciones de estos textos a lo largo de los siglos XII y XIII. Y después de las traducciones (bastante libres, como ya hemos indicado), recreaciones y obras nuevas, originales, que siguen las pautas marcadas por los modelos. Unos cuantos ejemplos bastarán¹⁵.

Las tempranas traducciones del rey Alfred de Inglaterra (849, 871-899) –que había sido educado en Roma por el papa León IV, y seguía el modelo cultural de Carlomagno–, centradas en textos de carácter histórico o didáctico-moralizante son un primer eslabón en la cadena¹⁶. Luego vendrán Aelfric (h. 955-h. 1025), traductor de parte de la Biblia y de las *Institutiones Grammaticae* de Prisciano, y la versión anónima de *Apolonius of Tyre* (primer cuarto del s. XI).

Pero es especialmente en las lenguas germánicas del continente donde se produce una rica actividad de traducción y adaptación de textos. En tierras alemanas hallaremos las versiones de obras como *Erec* e *Iwein* ambos de Hartmann von Aue, el *Tristan* de Gottfried von Strassburg, el *Lanzelet* de Ulrich von Zatzikhoven o la *Eneide*

¹⁴ Bastará citar los libros clásicos de Ch. H. Askins, *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge (Mass.), Harvard UP, 1927 y de R. R. Bezzola, *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident (500-1200)*, 5 vols., Paris, Champion, 1966-1968, riquísimo en informaciones de todo tipo.

¹⁵ La información que sigue está tomada del vol. I del *Grundriss der romanischen Literaturen des Mittelalters* (Généralités), Heidelberg, Carl Winter, 1972, especialmente de los capítulos siguientes: J. Bumke, «Die romanisch-deutschen Literaturbeziehungen im Mittelalter» (pp. 264-303); W. Iser, «Mittelenglische Literatur und romanische Tradition» (pp. 304-332); K. Togeby, «L'influence de la littérature française sur les littératures scandinaves du Moyen Âge» (pp. 333-395). También hay ricas y utilísimas informaciones en los dos tomos del vol. III de *Lo spazio letterario del Medioevo. La ricezione del testo*, a c. di P. Boitani, M. Mancini e A. Varvaro, Roma, Salerno edit., 2003.

¹⁶ En el ámbito regio se tradujeron la *Cura Pastoralis* de S. Gregorio Magno, el *De Consolatione* de Boecio, los *Soliloquia* de S. Agustín, la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* de Beda y la *Historia adversum paganos* de Paulo Orosio.

de Henric van Veldeken¹⁷. Al antiguo noruego se traducen las *Prophetia Merlini*, por Gunnlaugr Leifsson (m. 1218-19); al islandés, la *Crónica de Pseudo-Turpín*, en la que se contienen una gran parte de las hazañas de Carlomagno (entre 1220 y 1230), antes incluso de que la *Karlamagnús saga* llegara a Noruega¹⁸.

Bajo el reinado de Haakon IV de Noruega (1204-1263) se tradujeron del francés al antiguo noruego al menos 40 textos, que enriquecían el panorama cultural del país nórdico, después de las traducciones que se habían realizado de textos en latín, inglés o alemán. Pero lo que más nos interesa ahora es que entre ese medio centenar de obras se encuentran algunas que también tuvieron la correspondiente versión en castellano: la historia de Tristán, la de Flores y Blancaflor, la de Floovant (conocida por el romance de *Floresventos*), La cota mal cortada (a la que aluden los poetas de la corte alfonsí), el *Partonopeus de Blois* (*Partinuples*), *Les quatre fils Aymon* (*Reinaldos de Montalbán*), *Chanson de Roland*... Al margen del momento de llegada a Castilla de estos textos, los títulos citados –y alguno más– nos permiten pensar en la existencia de un *continuum* cultural representado justamente por unas obras en concreto. Sin duda, el peso político de Francia justifica esa expansión, reforzada por las adaptaciones alemanas de finales del siglo XII de parte de esos textos; pero también habrá que pensar en las relaciones de Noruega con la Inglaterra de Enrique III (1207, 1216-1272), en cuya corte encontraban buena acogida los extranjeros, especialmente los franceses.

Este movimiento de traducciones da lugar a una indudable homogeneidad de lecturas en Occidente, y abre el camino para las imitaciones y recreaciones épicas, cortesanas (líricas o narrativas), didácticas y moralizantes en los territorios citados y en el resto de Occidente, desde los dominios de lengua celta, a la Península Ibérica, de las tierras eslavas a las islas del Mediterráneo¹⁹.

La inercia de la Antigüedad desaparece en el siglo XIII y surgen nuevos textos que en algunos casos llegarán a convertirse en «autoridades». Ahora, no todas las obras

¹⁷ M. Huby, *L'adaptation des Romans courtois en Allemagne au XIIIe et au XIIIe siècle*, Paris, Klincksieck, 1968.

¹⁸ Cf. *Les relations littéraires franco-scandinaves au Moyen Âge. Actes du Colloque de Liège (avril 1972)*, Paris, Les Belles Lettres («Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège», fasc. CCVIII), 1975, que contiene una extensa bibliografía acerca de las relaciones literarias entre el mundo románico y el mundo escandinavo, preparada por K. Togeby (pp. 299-329), además de un capítulo dedicado a los problemas de traducción de los textos franceses, de E.-F. Halvorsen (pp. 247-274).

¹⁹ Además de la bibliografía citada, cf. G. Highet, *La tradición clásica*, traducción de A. Alatorre, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 2 vols., donde se encontrarán varios capítulos dedicados a la traducción; la parte dedicada a la literatura galesa se puede completar con C. Davies, *Welsh Literature and the Classical Tradition*, Cardiff, Univ. of Wales, 1995. Para la historia de Alejandro Magno, véase *Alessandro nel Medioevo occidentale*, a c. di M. Liborio, Verona, Fondazione Lorenzo Valla-Arnaldo Mondadori, 1997. Para las leyendas artúricas, además del libro clásico de R. S. Loomis, *Arthurian Literature in the Middle Ages*, Oxford, Clarendon Press, 1959, resultan especialmente útiles los volúmenes publicados por la Universidad de Gales: W. H. Jackson y S. A. Ranawake (eds.), *The Arthur of the Germans*, Cardiff, Univ. of Wales Press, 2000; W. R. J. Barron (ed.), *The Arthur of the English*, Cardiff, Univ. of Wales Press, 2001; G. S. Burgess y K. Pratt (eds.), *The Arthur of the French*, Cardiff, Univ. of Wales Press, 2006, que se puede completar con M. Stanesco (dir.), *La légende du Graal dans les littératures européennes. Anthologie commentée*, Paris, Librairie Générale Française, 2006. Para el amplio mundo carolingio puede verse la colección de trabajos reunidos por K. Pratt, *Roland and Charlemagne in Europe: Essays on the Reception and Transformation of a Legend*, London, King's College, 1996. Finalmente, para la literatura neerlandesa, cf. E. Kooper (ed.), *Medieval Dutch Literature in its European Context*, Cambridge, UP, 1994.

que se traducen tienen antecedentes en latín, pero son muchas los textos clásicos que se recuperan, directamente o a través de adaptaciones.

Las *Metamorfosis* de Ovidio (bajo la forma de *Ovidio moralizado*) es uno de los textos de mayor prestigio —el *Ovidio mayor*—, pero no es el único²⁰. Las *Heroidas* habían sido utilizadas en la importante sección troyana de la segunda redacción de la *Histoire ancienne jusqu'à César* (primer cuarto del siglo XIII), y la epístola de Dido a Eneas es traducida para la *Estoria de España* en tiempos de Alfonso X, Luego, en la *Grande e General Estoria* el rey castellano dará cabida a dieciséis epístolas ovidianas²¹; pero a partir del siglo XIV se encontrarán nuevas versiones, de gran difusión²²: no extraña que algunos manuscritos de la *Histoire ancienne* indiquen:

Ci commence la grant et vraye histoire de Troye la grant, en laquelle sont contenues les epistres et lettres que les dames envoyoient aux seigneurs et les seigneurs aux dames. Laquelle histoire contient vint e deux batailles; laquelle histoire envoya le roy d'Espaigne au roy de France Charles le quint. Et est ladicte histoire toute complete sans rien abreger²³.

Resulta imposible saber si el texto que envió Enrique II de Castilla al Charles V estaba en francés o en castellano, pero lo que parece obvio es la circulación de la obra de Ovidio.

De las *Epístolas* de Séneca, traducidas al francés hacia 1309 por Bartolomeo Siginulfo, chambelán del reino de Nápoles, hubo dos copias en la biblioteca de Charles V, y a partir de la llegada de los ejemplares a la colección del rey francés en el Louvre, comienza su difusión: no faltan ejemplares en las principales bibliotecas nobiliarias de Francia, pero tampoco están ausentes de la del Príncipe de Viana o de la del Condestable de Portugal (mediados del siglo XV), y a partir del texto francés se realizará la versión catalana. Mientras, las *Epístolas* de Séneca se difundían por Italia: a partir de 1313 son traducidas al italiano por encargo del mercader Riccardo Pietri dei Filipetri. Y posiblemente de Florencia pasaron a Castilla, donde Fernán Pérez de Guzmán las mandó traducir (antes de 1460), quizás a Pedro Díaz de Toledo, traductor al servicio del Marqués de Santillana: esta versión de gran éxito, no tardará en ser impresa (Zaragoza, 1496), con sucesivas ediciones a lo largo del siglo XVI²⁴.

²⁰ Cf. I. Gallo y L. Nicastrì (eds.), «*Aetates Ovidianae*». *Lettori di Ovidio dall'Antichità al Rinascimento*, Napoli, ESI, 1995. Para la presencia de Ovidio en le Escuela, véase R. J. Hexter, *Ovid and Medieval Schooling. Studies in Medieval School Commentaries on Ovid's Ars Amatoria, Epistulae ex Ponto, and Epistulae Heroidum*, München, Ardeo Gesellschaft, 1986.

²¹ P. Calef, «Le Eroide di Ovidio nei volgarizzamenti castigliano e antico-francese», en A. Pioletti (ed.), *Le letterature romanze del Medioevo: Testi, Storia, Intersezioni*, Soveria Mannelli, Rubbetino, 2000, pp. 177-194; Juan Rodríguez del Padrón, *Bursario*, intr., ed. y notas de P. Saquero y T. González Rolán, Madrid, Univ. Complutense, 1984.

²² Cf. J. Monfrin, «Les traducteurs et leur public en France au Moyen Âge», *Journal des Savants*, 1964, pp. 5-20, especialmente pp. 6-7.

²³ P. Calef, «Le Eroide di Ovidio», *cit.*, p. 193.

²⁴ Para el tema sigue siendo fundamental el libro de K. A. Blüher, *Séneca en España. Investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1983. Véase, además, T. Martínez Romero, *Un clàssic entre clàssics. Sobre traduccions i recepcions de Séneca a l'època medieval*, València-Barcelona, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana-Abadia de Montserrat, 1998.

A mediados del siglo XIV (quizás en 1356), Pierre Bersuire acababa la traducción de las *Décadas* de Tito Livio, labor que concluía añadiendo al texto un pequeño glosario de latinismos tomados directamente del autor romano. El rey Juan II de Francia (1319, 1350-1364) regaló una copia a cada uno de sus hijos varones (entre los que se encontraban Charles V, el gran bibliófilo), lo que sin duda hizo que la obra adquiriera una extraordinaria difusión y fuera copiada para casi todas las grandes familias francesas y luego fuera impresa. Una copia –posiblemente en francés– fue enviada por Humphrey de Gloucester (cuñado de Bedford, gobernador de Francia en nombre de Enrique VI) a Alfonso V de Aragón a Nápoles poco después de 1445. Pero López de Ayala llevó a cabo su traducción de Tito Livio sobre la versión francesa de Bersuire y la dedicó a Enrique III en 1401, incluyendo en ella el pequeño vocabulario que había añadido el traductor francés. Fue en Aviñón donde el benedictino Pierre Bersuire (fin s. XIII-1362) llevó a cabo la traducción de las *Décadas* (entre 1354 y 1356), apoyándose en los comentarios del dominico Nicolas Trevet, y sin duda, movido por su relación personal con Petrarca.

En Aviñón estuvo López de Ayala en varias ocasiones, y es fácil que allí entrara en contacto con la obra de Tito Livio (Petrarca compró un ejemplar de las *Décadas* en esta ciudad al cardenal Giovanni Colonna en 1351), aunque también podría haber sido que el Canciller hubiera tenido acceso a la obra de Bersuire en la corte del rey de Francia, que poseía varios manuscritos del libro, y en la que se encontraba Laurent de Premierfait al servicio de Jean de Chantepreme, general de finanzas regio, uno de los cargos más importantes de la corte. Laurent de Premierfait dedicaba a su protector en noviembre de 1400 la traducción del *De casibus* de Boccaccio –texto que pondrá en castellano el Canciller Ayala–, a la vez que revisaba la traducción de Tito Livio de Bersuire, utilizándola para la segunda versión de la obra de Boccaccio (acabada y dedicada al duque Juan de Berry en 1409, tres años después de la muerte del Canciller): la cronología y la coincidencia de textos permite pensar que el traductor castellano de Livio y Boccaccio pudo entrar en relación con Premierfait, traductor francés de Boccaccio y revisor de Bersuire. López de Ayala comenzó su versión de las tres *Décadas* después de 1396 y dedicaba el libro al rey Enrique III el 23 de marzo de 1401, como ha demostrado C. Wittlin. Fue muy fiel al original de Bersuire, lo que no quiere decir que no se apartara del texto que le servía de base en muchas ocasiones o que no cometiera algunos errores²⁵.

Los cuatro primeros libros de los *Hechos y Dichos memorables* de Valerio Máximo fueron traducidos al francés por Simon de Hesdin y presentados al rey Charles V en 1375. Aunque el traductor siguió trabajando en la obra después de esa fecha, su versión sólo llegó hasta el libro VII. Unos pocos años más tarde de la muerte de Hesdin (1384), Jean, Duque de Berry (1340-1416), pidió a Nicolas de Gonesse que tradujera

²⁵ Cf. C. Alvar y J. Ml. Lucía Megías, «Repertorio de traductores del siglo XV: Tercera veintena», en R. Cantavella, M. Haro y E. Real (eds.), *Traducción y práctica literaria en la Edad Media románica*, Valencia, Universitat, 2003, pp. 1-40, en especial, pp. 19-26; M. García, «Las traducciones del Canciller Ayala», *Medieval and Renaissance Studies in Honour of R. B. Tate*, Oxford, The Dolphin Book, 1986, pp. 13-25; Pero López de Ayala, *Las Décadas de Tito Livio*, edic. crítica de los libros I a III, con intr. y notas de C. J. Wittlin, Barcelona, Puvill, 1983, 2 vols., con excelente estudio preliminar.

los dos libros que faltaban: a partir del momento en que la traducción estuvo completa, la obra alcanzó una extraordinaria difusión en Francia, y no hubo biblioteca destacada que no contara con algún ejemplar; así, en Borgoña, se podían encontrar copias con facilidad a lo largo del siglo XV y, dada la unión que se produjo entre el condado de Borgoña y Flandes, Artois y el Franco Condado en tiempos de Felipe el Atrevido (1361-1404), y más tarde, gracias a la alianza de los duques Juan (1404-1419) y Felipe el Bueno (1419-1467) con Inglaterra frente a Francia en la Guerra de los Cien Años, también resultaba fácil encontrar ejemplares de Valerio Máximo en los Países Bajos y en Inglaterra. No extraña, pues, que Hugo de Urriés, embajador del rey Juan II de Aragón (y I de Navarra, padre del Príncipe de Viana y de Fernando II, el Católico) en Inglaterra y Borgoña tradujera el texto de Valerio Máximo en 1467 a partir de la versión de Simon de Hesdin y Nicolas de Gonesse. Hugo de Urriés llevó a cabo su trabajo en la ciudad de Brujas y tardó siete meses en realizar la traducción, pero no encontró copista que quisiera pasar el borrador a limpio y tuvo que hacerlo él mismo, lo que le llevó algún tiempo más.

Hugo de Urriés desconocía la existencia de la versión castellana de Juan Alfonso de Zamora, secretario de Juan II de Castilla, realizada entre 1418 y 1421 sobre la traducción catalana de Antoni Canals (antes de diciembre de 1395). Este texto se basaba en una copia latina, con glosas de fray Lucas (Luca de Penna²⁶), surgida del ámbito pontificio de Aviñón, donde los colaboradores de Juan Fernández de Heredia también habían contado con otra versión catalana o aragonesa. El éxito de la obra de Valerio Máximo es indudable. El itinerario seguido por los ejemplares en latín y las versiones francesas no empaña la sensación de la falta de información de los traductores, que parecen emprender sus versiones sin saber de la existencia de otras precedentes²⁷.

Podemos aducir algunos ejemplos más, de ambiente italiano esta vez, con Nuño de Guzmán como protagonista.

Cuando contaba poco más de veinte años, el cordobés Nuño de Guzmán abandonó su ciudad natal y fue a Tierra Santa, atravesó Europa y, finalmente, llegó a la corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña (1432), donde permaneció algunos años, visitando durante varios meses la corte del rey de Francia. Luego regresó a Córdoba, y volvió a marchar, esta vez a Florencia (1439); no debía tener aún treinta años y ya había conocido el interés que había en Francia por los libros –lo que le llevará a formar su propia biblioteca–, de manera que su viaje a la ciudad toscana no hacía sino incidir en unas inclinaciones que, sin duda, ya se habían despertado tiempo atrás. En Florencia conoció a Leonardo Bruni (1369-1444), a Pier Candido Decembrio (1399-1477),

²⁶ G. Di Stefano, «Ricerche sulla cultura avignonese del secolo XIV», *Studi Francesi*, 1963, pp. 1-16, especialmente pp. 2-5.

²⁷ Cf. J. Monfrin, «Les traducteurs et leur public en France au Moyen Âge», *cit.*, especialmente pp. 15-16; G. Avenoz, «La recepción de Valerio Máximo en las Coronas de Castilla y Aragón en el medievo», *Ephrosyne. Revista de Filología Clásica*, 26, 1998, pp. 241-252; *idem*, «Antoni Canals, Simon de Hesdin, Nicolas de Gonesse, Juan Alfonso de Zamora y Hugo de Urriés: Lecturas e interpretaciones de un clásico (Valerio Máximo) y de sus comentaristas (Dionisio de Burgo Santo Sepulcro y Fray Lucas)», en T. Martínez Romero *et al.* (eds.), *Essays on Medieval Translation in the Iberian Peninsula*, Castelló-Omaha, Univ. Jaume I-Creighton Univ., 2001, pp. 45-73.

al librero Vespasiano di Filippo da Bisticci (1421-1498) y, naturalmente, a su gran amigo Gianozzo Manetti (1396-1459). Y consecuencia de su paso por la ciudad del Arno, además de los opúsculos que le dedica Manetti, serán una serie de traducciones inspiradas, promovidas o realizadas por el mismo Nuño de Guzmán. Es bien conocida la relación de nuestro viajero cordobés con el Marqués de Santillana, y sin duda, gran parte de las versiones del italiano que se hacen en la primera mitad del siglo XV en Castilla tienen la huella de Nuño de Guzmán.

CONCLUSIÓN

Resulta indudable la circulación de determinados libros. Cuando una obra alcanzaba cierto prestigio por la razón que fuera (por su contenido, por la fama de su autor, por las ilustraciones...) se copiaba con profusión y se convertía con rapidez en objeto de regalo.

Pero no siempre resultaba fácil tener a mano un ejemplar de la obra que se deseaba traducir; a veces era imposible conseguir el original, quizás porque la biblioteca a la que se tenía acceso sólo poseía la obra traducida, o quizás porque el original estaba siendo copiado en ese momento preciso... Podemos suponer una serie de dificultades que impedían el acceso a la obra original; entre los problemas lógicos del traductor –que no es un profesional en la Edad Media, recordémoslo–, se encontraba la falta de tiempo y de recursos económicos. En efecto, el traductor que ha ido en una embajada tiene el tiempo limitado y debe concluir su labor de traducción antes de abandonar el lugar en el que se encuentra el original que está traduciendo o que pretende traducir: la premura puede llevarle a buscar una versión intermedia, en otra lengua, pues siempre le resultará más fácil traducir del francés o italiano, que del latín o del griego. Esa podría ser una de las razones de la existencia de numerosas versiones indirectas.

Por otra parte, el trabajo realizado en tierras de lengua diferente dificulta o imposibilita la ayuda de un escribano, lo que hace que el traductor avance con más lentitud, y en ocasiones le obliga a regresar con la versión incompleta o el libro inacabado (pues no es sino un borrador de trabajo).

Por los datos que tenemos, son pocas las traducciones nacidas de hallazgos casuales. Al contrario, todo hace pensar que los traductores conocen la importancia de la obra antes de haberse puesto al trabajo, como es lógico; y, en general, ese conocimiento les llega a través de las informaciones recibidas en lugares en los que la actividad cultural se encuentra en plena ebullición, fuera de Castilla.

Las relaciones políticas internacionales parecen ser la primera causa de la circulación y difusión de los textos²⁸. La Guerra de los Cien Años (1337-1453), que enfrentó a Inglaterra y Francia, también tuvo amplia repercusión en Castilla y Flandes, de manera que las alianzas matrimoniales y las embajadas entre todos ellos fueron frecuen-

²⁸ Dejo al margen –como he ido haciendo a lo largo de todo este capítulo– las traducciones de la Biblia y de textos científicos: Toledo fue durante gran parte del siglo XII un centro de difusión de traducciones para toda Europa.

tes. Y así, París aparece como uno de los grandes centros difusores de novedades bibliográficas, gracias a reyes como Charles V (1337-1380), gran apasionado de los libros; en estrecha relación –no siempre amistosa– con el rey francés se encuentran los duques de Anjou, Berry, Borgoña, Bretaña y Orleans y con el rey Carlos II de Navarra, la mayor parte de ellos grandes aficionados a las letras, lo que supuso una gran resonancia de los éxitos difundidos desde la corte real.

La presencia de intelectuales en Aviñón reunidos en torno a la curia pontificia entre 1309-1408, hizo de esta ciudad del Sur de Francia otro de los grandes focos propagadores de novedades bibliográficas: especialmente importante será para los reinos hispánicos la elección de Pedro de Luna como papa Benedicto XIII en 1394.

Con el fin del Cisma de Occidente y el auge del Humanismo, las novedades llegarán de Italia, gracias a la presencia en ella de Nuño de Guzmán o a las relaciones de Alonso de Cartagena con los humanistas florentinos. El Sur de Italia, especialmente Nápoles, se vinculaba a los intereses políticos de la Corona de Aragón en un momento en que Castilla y Aragón tienen estrechas relaciones, que culminarán con el matrimonio de Isabel I y Fernando II: se abre allí otra puerta importante para las relaciones culturales hispano-italianas posteriores.

Es posible que las novedades que llegaban de tierras francesas fueran regalos de la alta nobleza o que formaran parte de los encargos que se hacían a los embajadores. No ocurre lo mismo en Italia, donde sabemos que los vínculos establecidos entre los intelectuales durante el Concilio de Basilea –aunque no sólo– empiezan a funcionar, facilitando la difusión de algunos textos en boga...

Pero, además, los confesores y consejeros espirituales de las grandes familias, dominicos y franciscanos generalmente, recomiendan ciertas lecturas edificantes, que en ocasiones traducen ellos mismos o miembros de su orden²⁹. Se inicia así la ebullición espiritual del siglo XV, que llegará hasta el siglo XVII.

Nada parece ser casualidad.

²⁹ Puede verse al respecto el interesante librito de J. N. H. Lawrance, *Un tratado de Alonso de Cartagena sobre la educación y los estudios literarios*, Bellaterra, Universidad Autónoma de Barcelona, 1979, y el texto que en él se publica. Para otros aspectos, es básico el artículo del mismo, «The Spread of Lay Literacy in Late Medieval Castile», *Bulletin of Hispanic Studies*, 62, 1985, pp. 79-94.